

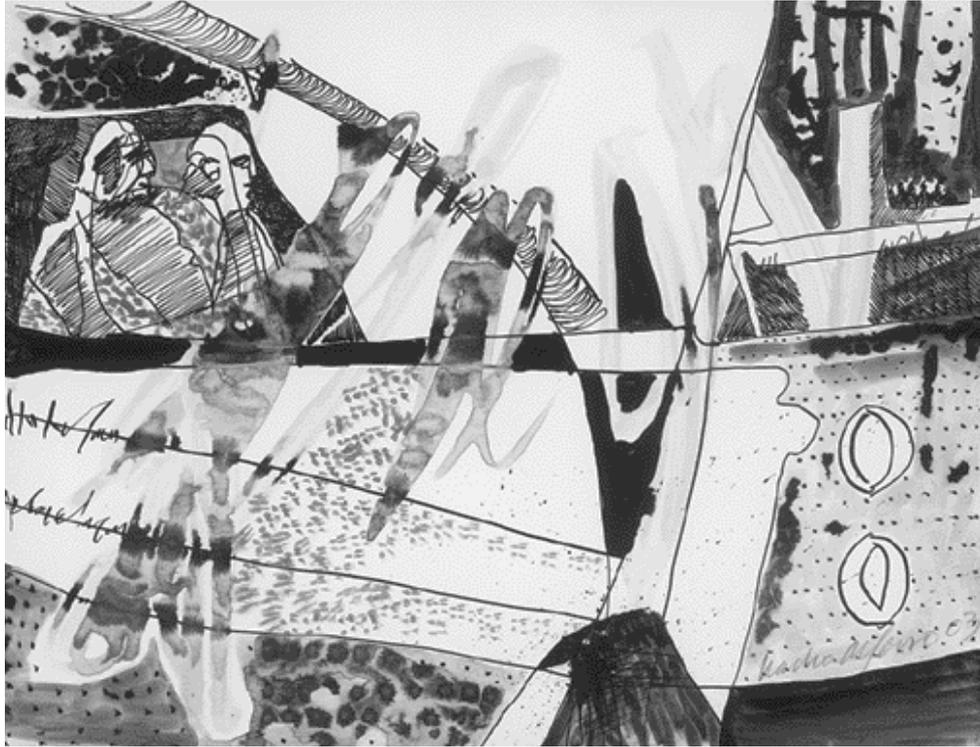
La aparición de la literatura chicana femenina

Theresa Delgadillo
Traducción de Helena Díaz Page

Hasta antes de 1980 se habían publicado pocas obras escritas por mujeres chicanas o México-americanas. Sin embargo, hubo excepciones a esta regla general. Algunas se las arreglaron para imprimir sus textos. Las narraciones breves de María Cristina Mena¹ se publicaron en revistas en la década de 1910; Josephina Niggli publicó en 1945 *Mexican Village*; Fabiola Cabeza de Baca lo hizo con *We Fed them Cactus* en 1953, y también están las novelas de María Amparo Ruiz de Burton: *Who Would Have Thought It?* (1872) y *The Squatter and the Don* (1885) recuperadas recientemente. Con el surgimiento del movimiento chicano —artístico, literario y político— de los años sesenta y setenta, más mujeres chicanas lograron publicar generalmente en pequeñas imprentas regionales. En trece se encuentran: Carmen Tafolla, Ana Castillo, Berenice Zamora, Estela Portillo Trambley, Evangelina Vigil, Angela de Hoyos y Alma Villanueva. Sin embargo, nuestro conocimiento y comprensión, tanto de estas primeras publicaciones excepcionales de mujeres México-americanas del siglo XIX y principios del XX, como de la nueva literatura que aparece en los años setenta y ochenta, es todavía raquítico. Esto se debe en parte a la simultánea y rápida expansión

¹ Se ha respetado la ortografía original de los nombres sin los acentos que les corresponderían en español.

de la literatura chicana, así como a su desarrollo y consolidación durante el último cuarto del siglo XX. En los años ochenta la literatura escrita por mujeres se convirtió en un componente especialmente vital de este pujante género. Mientras los sesenta y setenta trajeron consigo un resurgimiento de la literatura chicana, la siguiente década introdujo un cambio dramático a medida que surgen las nuevas generaciones de escritores. Estos últimos egresaban de los talleres universitarios de escritura creativa de los que los chicanos (y en especial las chicanas) habían estado ausentes hasta el momento del mencionado movimiento social de los años sesenta y setenta, movimiento por el cual las minorías lograron tener acceso a las mismas oportunidades educativas que los blancos. Muchos libros escritos por chicanas aparecieron en rápida sucesión bajo el sello de los editores regionales y nacionales. La lista incluye: *Bad Boys* de Sandra Cisneros en 1980; *Emplumada* de Lorna Dee Cervantes en 1981; *Loving in the War Years* en 1983 de Cherrie Moraga; *Recuerdo* de Mary Helen Ponce en 1983; *House on Mango Street* de Sandra Cisneros en 1984; *Women Are Not Roses* de Ana Castillo en 1984; *Ojo de la Cueva* en 1984 de Cordelia Candelaria; *The Moths and Other Stories* en 1985 de Helena María Viramontes; *Last of the Menu Girls* de Denise Chavez en 1986; *The Mixquiabuala Letters* en 1986 de Ana Castillo; *Mrs. Vargas*



and the Dead Naturalist en 1989 de Kathleen Alcalá. Y aquí no figura toda la lista. Este trabajo floreciente realizado por mujeres continúa su desarrollo al tiempo que acapara la atención de la crítica por su evidente importancia. En este breve ensayo deseo estudiar la literatura chicana o México-americana para establecer aquello que la hace única y para proponer cómo debemos interpretar su relación con otra categoría más amplia donde la literatura chicana es un todo.

En la introducción al volumen de ensayos *Recovering the U.S. Hispanic Literary Heritage*, los editores Ramón A. Gutiérrez y Genaro M. Padilla consideran a la literatura México-americana o chicana como una de las muchas ramas de la literatura y cultura hispánicas engendradas en América con la llegada de los europeos. Gutiérrez y Padilla sugieren que la raza y el color fueron importantes en la literatura creada por “quienes se identificaron como españoles y después se llamaron a sí mismos mexicanos, México-americanos, chicanos, latinos, puertorriqueños, latinos de Nueva York y cubanos”. Estos críticos aseguran que, en la lectura de la literatura chicana masculina, se confirma que sus raíces se remontan a más de quinientos años. La subcategoría llamada literatura México-americana comienza a tomar forma a mediados del siglo XIX, aunque las opiniones varían en cuanto a si ésta aparece al comienzo del proceso de anexión de

Texas a los Estados Unidos o dos décadas después de la consolidación del Estado, cuando todos los efectos de esta literatura se hacen evidentes. Por ejemplo, Padilla sugiere que la autobiografía México-americana surge del “deseo por tener una presencia histórica” que le es negada por la guerra entre México y los Estados Unidos y sus resultados (la consecuente colonización de los México-americanos); en cambio, Raymund A. Paredes sugiere que esta literatura no goza de un “carácter distintivo” sino hasta después de 1866, cuando los que alguna vez fueron mexicanos hacen constante referencia por escrito a la nueva situación que estaban viviendo entre dos naciones y dos culturas. Luis Leal no sólo sostiene que la literatura México-americana de mediados del siglo XIX se escribe en español y en inglés, sino que debemos interpretar el bilingüismo poético o el cambio de código de la poesía chicana contemporánea como la continuación de una antigua tradición literaria México-americana. Aunque podemos seguir especulando sobre distintas fechas para situar en el tiempo la aparición de una literatura México-americana única, es consenso que su aparición está íntimamente relacionada con las revueltas sociopolíticas del siglo XIX, ya que ocasionaron la modificación de los límites fronterizos entre México y los Estados Unidos. Esto dio por resultado un nuevo y marginado sector de la población norteamericana.



Recientes estudios críticos de la literatura chicana arrojan luz sobre la herencia literaria chicana femenina. La crítica literaria Tey Diana Rebolledo, en su revisión de la poesía y la narrativa chicana femenina titulada *Women Singing in the Snow* señala cuatro importantes fuentes de donde surge este material *nuevo*. Muchos de los críticos anteriormente citados reconocen y utilizan también estas fuentes: *Historias orales* de la colección Bancroft de California y los proyectos de los escritores federales que administran el progreso de las obras de Nuevo México y Arizona; historias populares y cuentos provenientes de la tradición cuento / "estoria";² material creativo escrito y publicado en español (principalmente en periódicos en lengua española); y material creativo escrito y publicado en lengua inglesa, la mayor parte entre 1920 y 1950 (además de que por lo menos se publicaron dos novelas en inglés en 1872 y 1885). Las observaciones de Rebolledo a este respecto coinciden con las de la historiadora Antonia I. Castañeda en su obra *Memory, Language and Voice of Mestiza Women on the Northern Frontier: Historical Documents as Literary Text*, así como con la crítica literaria de Clara Lomas en *The Articulation of Gender in the Mexican Borderlands, 1900-1915*. Eruditas todas cuyo trabajo

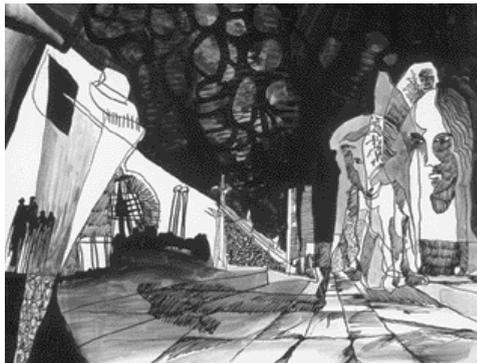
² Así en el original. (N. de T.)

crítico en curso investiga y analiza la literatura producida por las mujeres México-americanas del siglo XIX y principios del XX, por lo general durante periodos de transformación social.

José David Saldívar ofrece un enfoque diferente en su estudio de la literatura chicana en el cual no sitúa los orígenes de la literatura México-americana en el siglo XIX, sino que propone una perspectiva paradigmática y teórica con la que podemos hacer una lectura de esta literatura dentro de un contexto universal. Saldívar hace referencia al ensayo de José Martí, *Nuestra América*, que influyó de manera importante sobre la literatura chicana. En su libro *The Dialectics of Our America*, plantea un estudio cultural comparativo al ubicar explícitamente a la literatura chicana en un contexto americano más amplio que exige cierta erudición para leer y comprender ésta y otras literaturas americanas. Explica el autor que *Nuestra América* es un texto de oposición que reta al eurocentrismo de la literatura y la cultura demandándoles a sus lectores un conocimiento más amplio de las tradiciones, las literaturas y la cultura de este hemisferio, así como el intercambio entre ellas y sus diferentes épocas.

La Conquista, la frontera, la circunstancia de diferencia³ con relación al poder de los Estados Unidos, el

³ *Alterity* en el original. (N. de T.)



constante intercambio y la relación entre las poblaciones mexicana y chicana subyacen al reconocimiento, expresado en los puntos de vista arriba mencionados, de que la literatura chicana guarda una afinidad con la historia, la experiencia y la realidad del continente americano. No obstante, nos damos cuenta de que en las opiniones a las que hemos hecho referencia hay una tendencia a tratar a la literatura chicana estrictamente como un fenómeno del suroeste de los Estados Unidos: Texas, California y Nuevo México.

Las investigaciones actuales sobre la literatura chicana, incluyendo el trabajo auspiciado por el Proyecto de Recuperación, están cada vez más atentas a la literatura chicana generada en otras regiones que abarcan incluso el Pacífico-No roeste, el Oeste medio, el Sur y el Este.

El Proyecto de Recuperación ha sido un buen instrumento para expandir los parámetros de estudio de la literatura chicana. Esta última se consolidó en la imaginación nacional y hemisférica cuando surgió, en los años sesenta y setenta, bajo las formas de poesía, narrativa y teatro, en un periodo de desasosiego y transformación social. La formación en 1967 de la empresa del Quinto Sol (editores de Tomás Rivera, Rolando Hinojosa-Smith y Rudolfo Anaya) y el establecimiento en 1965 del Teatro Campesino, dirigido por Luis Valdez, iniciaron una nueva era para la literatura. Como dice Paredes: una literatura interesada en las situaciones políticas y sociales de su tiempo y en la expresión manifiesta y legitimación de las culturas chicanas marginadas. Frecuentemente se hace referencia a este periodo como el Renacimiento de lo chicano para hacer hincapié en el desarrollo crucial de su literatura, en el carácter vibrante de este momento artístico y literario y de su continuidad con tradiciones literarias acalladas en el pasado.

El renacimiento de la literatura chicana que colinda en el tiempo con el movimiento político chicano de los años sesenta y setenta enfatiza los aspectos políticos, económicos y sociales que afectaban a las comunidades

chicanas. Los textos surgidos durante este periodo de creatividad renovada, por lo general se concentraban directamente en temas como la discriminación, los salarios bajos, las precarias condiciones de trabajo, la destrucción del medio ambiente y la americanización forzada de las vidas de los personajes chicanos de ficción o poéticos.

Como dice Ramón Saldívar, en general podemos caracterizar a la cultura chicana del periodo posterior a 1848 como una literatura que mantiene una “postura de resistencia”. Sin embargo, en los años sesenta y setenta esta actitud de oposición recibió la influencia de muchos factores únicos como los derechos civiles, los movimientos estudiantiles y los movimientos en contra de la guerra, las luchas anticolonialistas y revolucionarias de otras partes del mundo y una autocrítica de marginación. De acuerdo con el historiador John R. Chávez y con el maestro en ciencias políticas Mario Barrera, el nuevo movimiento adoptó su distintivo generacional y retó a la autoridad incluyendo a las organizaciones méxico-americanas de derechos civiles ya existentes. La literatura chicana de este periodo no sólo reflejaba estos asuntos; también se convirtió en un campo para explorar la crítica inter e intracultural que formaba parte del discurso de la época. Por consiguiente, la producción cultural chicana de este periodo también se comprometió con un espléndido proceso de revaloración, redefinición y renovación cultural que por lo general incluía un examen de identidades religiosas y espirituales.

En contraste al casi exclusivo enfoque sobre las opresiones raciales, sociales y una constante antipatía a la religión —evidentes en la literatura del renacimiento chicano de los años sesenta y setenta— la literatura de los ochenta y noventa explora los temas sobre género, sexualidad y espiritualidad. Durante este periodo las chicanas emergen como escritoras fuertes y elocuentes haciendo referencia a asuntos que en el pasado habían sido negados en la literatura, y atraen así a un grupo más grande de lectores nacionales. En particular la literatura chicana femenina de este último periodo hace un giro hacia el tema de la religión al revalorar las tradiciones espirituales y al adoptar una espiritualidad híbrida, es decir, prácticas espirituales y discursos religiosos que aluden a más de una tradición religiosa. Constantemente, la literatura chicana nos dirige a ese espacio que Gloria Anzaldúa en *Borderlands* evoca como un sitio de renovación, resistencia y cambio. A diferencia del sincretismo, donde varias tradiciones se fusionan en un nuevo fenómeno, el enfoque híbrido se concentra en el proceso siempre presente de reinención, o lo que es lo mismo, de transformación.

Angie Chabram-Dernersesian, quien se dedica a la crítica literaria y cultural, y que es una de las primeras

personas en analizar el trabajo creado por mujeres chicanas como un movimiento único, arguye que, como resultado del enfoque exclusivo en la raza y la clase social de los movimientos políticos chicanos, las mujeres chicanas no podían existir como sujetos marcados al mismo tiempo por su etnia y su género. Por el contrario, fueron “repudiadas”. Como respuesta a esto, Chabram-Dernersesian nos dice: “Tuvimos que escribir otra historia, una historia de mujeres,⁴ otro discurso visto desde la perspectiva protagónica de la chicana”. Para ella los poemas y el arte que las mujeres comenzaron a crear en los años setenta imponen una identidad chicana femenina y feminista definida por varias facetas: tienen una postura militante; toman en cuenta la cultura popular; enfatizan la lucha colectiva por encima de los actos heroicos individuales; crean fuertes personajes femeninos, e insisten en unir el género con la política.

Tey Diana Rebolledo afirma que la atención de los críticos a la obra de las escritoras chicanas apenas comienza a reafirmar el reconocimiento y el alcance que esta literatura ha logrado. Las características de la escritura chicana escrita por mujeres, especialmente de aquella digna de atención, según Rebolledo, son: su referencia a la cultura popular y a las tradiciones orales como formas que convierten en protagonistas a las colectividades; un interés temático con un silencio que se supera, y una innovación formal y teórica de los textos frecuentemente contruidos alrededor de múltiples voces.

Sonia Saldívar-Hull en *Feminism on the Border* identifica en la literatura chicana femenina contemporánea un impulso internacionalista por medio del cual los textos chicanos forjan alianzas con las luchas de otras mujeres de color y especialmente con la obra de las escritoras chicanas lesbianas. A este reto Adrienne Rich lo ha calificado correctamente como “heterosexualidad obligatoria”. Asimismo, encuentra en la obra de Cherríe Moraga una teoría feminista “que califica todas las necesidades de las mujeres como auténticos ruidos políticos”. Por otro lado, sugiere que las escritoras chicanas contemporáneas debaten no sólo con los discursos acerca de nación y nacionalismo que pasan por alto el género

y la sexualidad e inhabilitan la alianza internacional, sino también con un discurso de feminismo angloamericano que oscurece la diferencia entre feministas.

Como dice la obra de Francisco A. Lomelí, Teresa Márquez y María Herrera-Sobek, el “carácter feminista” de la literatura creada por escritoras chicanas en la década de los ochenta es claramente una de sus principales características. Además, estas valoraciones sobre la importancia y las particularidades de la escritura chicana también sugieren que sus rasgos comunes no limitan la diversidad y complejidad de la literatura chicana femenina contemporánea.

A la investigación y análisis de otros eruditos me gustaría añadir una observación: la obra creada por escritoras chicanas, especialmente en los años ochenta y que alcanzó los noventa, es lo vivido por la comunidad chicana femenina. Chabram-Dernersesian sugiere que interpretemos la obra de la floreciente comunidad de escritoras chicanas de los setenta como un movimiento social al llamarla “manifestación”.⁵ Las escritoras de los ochenta y de los noventa retoman ese motivo y se identifican a sí mismas como participantes de un movimiento de escritoras chicanas y latinas. Tanto las comentaristas como las escritoras han adoptado el término “*Las girlfriends*” para referirse a esta nueva comunidad. Denise Chavez reconoce que “una de las razones por las que las escritoras latinas contemporáneas han tenido tanto éxito es porque pueden ayudarse entre ellas. Sandra Cisneros me ha ayudado inmensamente... Ana Castillo por igual. Gloria Anzaldúa. Cherríe Moraga ha ayudado a la gente”.⁶ Estas palabras comprueban que las escritoras latinas y chicanas no desean ser un símbolo latino, sino que solamente quieren ayudarse unas a otras. Ellas también produjeron narraciones que hablan de comunidades de mujeres que luchan contra las leyes de género que las mantienen divididas y en silencio. De todas formas, las escritoras chicanas aumentaron el grupo de lectores de literatura chicana.

Edwina Barvosa-Carter indica que las casas editoras orientadas a publicar literatura latina aumentaron los tirajes de textos chicanos feministas en los años ochenta

⁴ “A mujer story” en el original. (N. del T.)

⁵ Así en el original. (N. del T.)

⁶ Denise Chávez, entrevista personal, 14 de marzo de 1999.

Tuvimos que escribir otra historia,
una historia de mujeres,
otro discurso visto desde la perspectiva
protagónica de la chicana.

y que, además, este tipo de literatura fue bien recibido por parte de un número creciente de lectores. Barvosa-Carter dice que la originalidad de la escritura chicana feminista estriba en su preocupación por:

la negociación de las fronteras sociales que se traslapan. Estas fronteras dividen las lenguas, los estados de las naciones, los géneros, las preferencias sexuales, las culturas, las subculturas, los grupos étnicos, las razas, los niveles de habilidades físicas y las clases sociales. Negociar y retar estas fronteras ha causado que muchas chicanas, así como otros habitantes fronterizos, interioricen y mantengan un abanico de identidades diferentes.

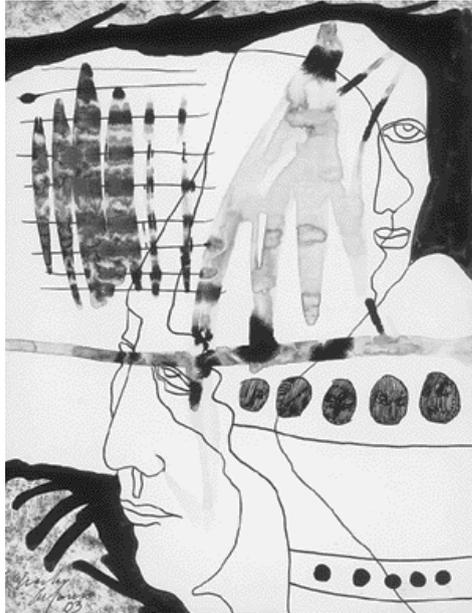
Me gustaría poner de manifiesto que lo que se convierte en tópico para la narrativa y la poesía de las escritoras chicanas de los años ochenta y noventa es una crítica extensa y profunda feminista de y en el movimiento chicano de las dos décadas anteriores. Una excelente fuente para ahondar en el estudio de este campo es *Chicana Feminist Thought: The Basic Historical Writings*, editado por Alma M. García, pues proporciona reimpressiones que abarcan desde 1969 a 1995 de artículos, discursos y ensayos de mujeres; la mayoría de este material escrito pertenece al lapso comprendido entre 1971 y 1977, un periodo de intenso debate. Muchas de estas reimpressiones aparecieron originalmente en publicaciones periódicas dedicadas a la literatura y a la política chicanas; en publicaciones universitarias estatales, y en las primeras publicaciones periódicas feministas chicanas, lo que indica que existían debates en foros de donde habían sido excluidas antes de la difusión de los programas del movimiento social de los años sesenta y setenta. Debido a que el desarrollo del feminismo chicano no se limitó a la esfera académica —como lo prueban los ensayos que aparecieron en las publicaciones de la comunidad— las mujeres que ingresaron a la universidad en los años setenta tuvieron la oportunidad de comprometerse con los asuntos feministas desde un punto de vista chicano. La amplia variedad de ensayos y artículos en la colección García es precursora de la producción literaria chicana femenina y feminista de la década de los ochenta y posterior de dos maneras significativas. Primero, estos ensayos y artículos dan a conocer los esfuerzos casi inmediatos de las chicanas que

acababan de ser admitidas en los círculos académicos, políticos, activistas e intelectuales con el fin de crear comunidades que escribieran sobre asuntos importantes para ellas. Desgraciadamente esta generación de escritoras chicanas no tuvo las oportunidades de publicar que tuvieron los escritores chicanos, aunque una notable excepción sea Estela Portillo-Trambley. Segundo, los ensayos y artículos están dirigidos a la convergencia que existe entre los intereses feministas y los intereses étnicos. Hicieron uso de las formas literarias que tenían a la mano: el artículo-noticia, el ensayo, el ensayo literario y el artículo académico; estas pioneras dieron origen a un movimiento literario chicano feminista contemporáneo. La siguiente generación de chicanas que tuvo acceso a la educación superior revitalizó las políticas sobre las mujeres y las etnias. De este grupo surgen algunas de las más importantes voces de los ochenta y noventa como: Denise Chavez, Cherríe Moraga, Demetria Martínez, Norma Cantu, Sandra Cisneros, Kathleen Alcalá, Ana Castillo, Pat Mora, Alicia Gaspar de Alba, Alma Villanueva, Gloria Anzaldúa, Helena Viramontes, Monica Palacios y otras.

Quiérodetenerme en un ensayo incluido en la colección García por su poder sugestivo acerca de la dirección futura que tomará la literatura creada por chicanas. En *Malintzín Tenepal: A Preliminary Look Into a New Perspective*, escrito por Adelaida R. del Castillo en 1974, la autora vuelve a imaginar el papel de la Malinche como fuente de poder en lugar del de traidora y sumisa; con este texto se inicia el periodo de revisión radical de los personajes históricos y los mitos culturales y también de las mujeres comunes. Este aspecto se encuentra más trabajado en la literatura chicana femenina de los años ochenta y noventa en donde aparecen personajes como Sor Juana Inés de la Cruz, la Malinche, la Virgen de Guadalupe y la Llorona transformados en símbolos de fuerza femenina. En otras obras examina la continuidad entre los primeros esfuerzos para volver a dar forma al debate religioso desde el punto de vista y la experiencia de las mujeres, y las nuevas interpretaciones de la espiritualidad que apreciamos en la obra posterior de escritoras chicanas a través de un estudio de iconos religiosos.

Podemos afirmar que la década de los ochenta se caracteriza por el surgimiento de una literatura chicana

El “carácter feminista” de la literatura creada por escritoras chicanas en la década de los ochenta es claramente una de sus principales características.



femenina/feminista contemporánea y de una comunidad de escritoras. También deberíamos afirmar que mientras algunas de las escritoras chicanas más influyentes que aparecieron en los ochenta, como Cherríe Moraga y Gloria Anzaldúa, retaron el heterosexismo prevaleciente, en los noventa la literatura chicana lesbiana se desarrolla mucho más con la publicación de más obras de Moraga, Anzaldúa, Terri de la Pena, Alicia Gaspar de Alba, Emma Pérez, Monica Palacios, Carla Trujillo y un enorme grupo de jóvenes homosexuales cuya poesía, narrativa y ensayística circulan en la comunidad, en las publicaciones escolares y en sitios en Internet.

Al escribir acerca de personajes con varias facetas a través de los cuales se estudian los mitos tradicionales y las ideas; se negocian los límites físicos y conceptuales, y se crean nuevas comunidades, las escritoras chicanas de los ochenta y noventa se convierten en una comunidad que representa un movimiento social interesado en la ausencia de chicanas en la historia, cuya producción de textos altera nuestras concepciones de la corriente principal de la literatura y de las tradiciones literarias de las minorías. La producción literaria chicana escrita por mujeres en el periodo posterior al movimiento registra, no solamente una preocupación del acto de escribir, sino también de crear, recordar y sostener a las comunidades.

La literatura chicana de los años sesenta y setenta está impregnada de un nacionalismo chicano que da prioridad a subjetividades de clase social y raza, pero también abarca una política de cambio social que re-

produce el género y las normas sexuales prevalecientes. Las escritoras chicanas de los años ochenta y noventa asumen el reto de redefinir la política chicana, la historia y la espiritualidad con el fin de incluir a las mujeres. En la obra de estas escritoras la afirmación de una conciencia femenina chicana, más que inscribir un sujeto chicano femenino privilegiado que tuviese acceso a muchos tipos de conocimiento (Norma Alarcon hace una advertencia al respecto en *This Bridge Called my Back*), establece un llamado al cambio, lo que Saldívar-Hall llama con precisión una característica de urgencia de la literatura chicana femenina/feminista. Así pues, además de su carácter feminista distintivo; de su controversia en los discursos e ideologías del género y la sexualidad; de su reinención de historias tradicionales y formas, y de su innovación y profundidad teórica la literatura chicana de mujeres nos pide, finalmente, que hagamos algo, que participemos en la transformación que nos propone. Uno solamente puede esperar que, como sea y donde sea, la literatura chicana encuentre lectores que respondan a su llamado. [1]

Theresa Delgadillo participó con este ensayo en el Encuentro de Escritoras Chicanas efectuado en la sala Carlos Chávez el 25 de septiembre de 2003. La revista *Los Universitarios* dio cuenta de esa jornada mediante la publicación de un fragmento de novela de Carla Trujillo y de un par de poemas de Carmen Tafolla. Ahora, la *Revista de la Universidad de México* ofrece este texto, como una forma de prolongar la presencia de tan importantes voces en nuestra universidad. Las ilustraciones que acompañan el texto fueron hechas *ex-profeso* por Nacho Alfonso.